

SEGUNDA EPOCA

NÚMERO DEDICADO A ENRIQUE HEINE

NUMERO 26

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

Director: SAMUEL GLUSBERG

DIRECCION

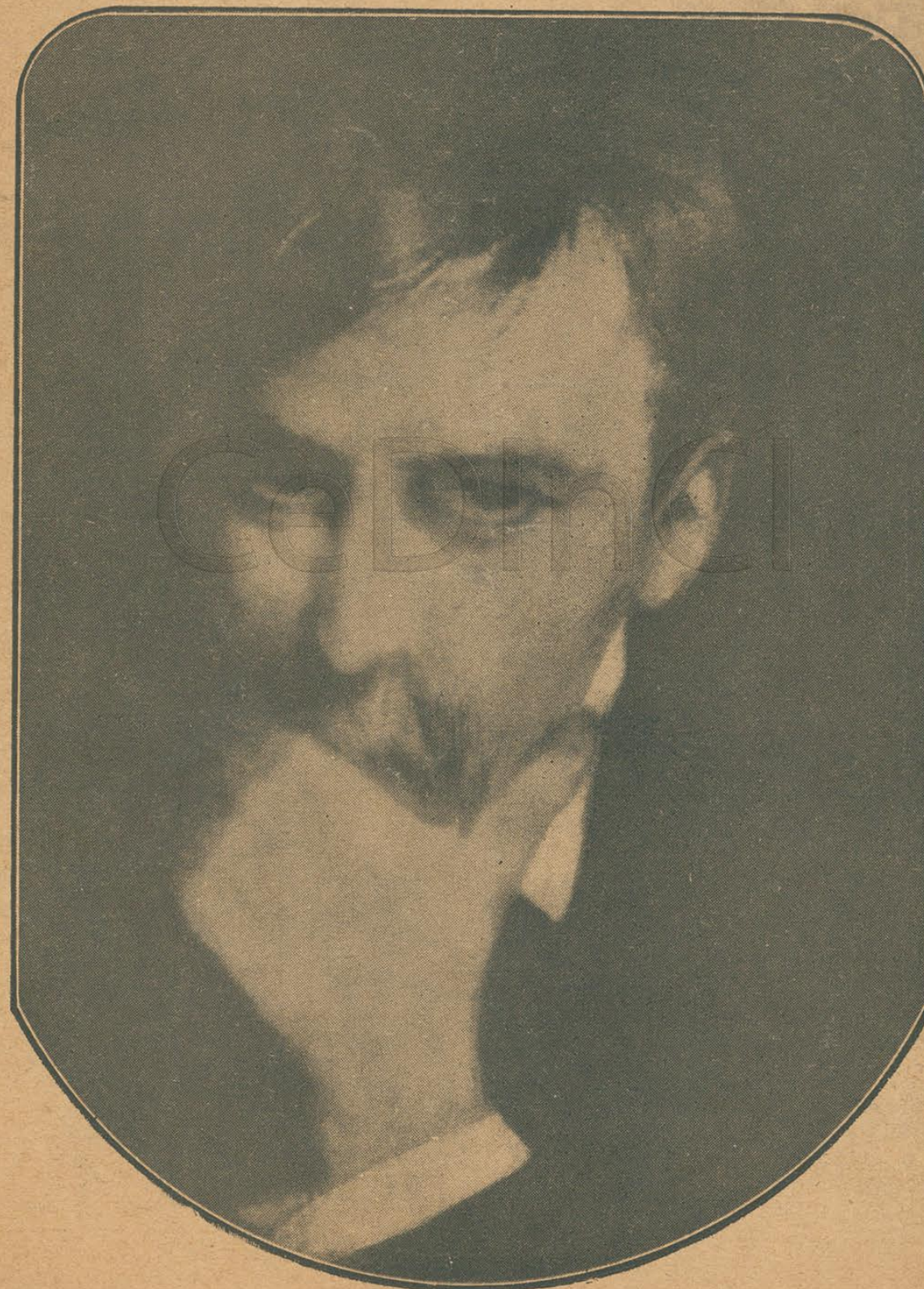
ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

10 CTS.



ENRIQUE HEINE

El más grande poeta del amor

B A B E L

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

INDICE DE OBRAS PUBLICADAS

BAJO LA DIRECCION DE SAMUEL GLUSBERG

SERIE A

* I	LEOPOLDO LUGONES:	LAS HORAS DORADAS	\$ 2.50
** II	ALBERTO GERCHUNOFF:	LA JOFAINA MARAVILLOSA	" 2.50
** III	ARTURO CAPDEVILA:	LA FIESTA DEL MUNDO	" 2.00
* IV	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	FUGACIDAD	" 2.00
**** V	LEOPOLDO LUGONES:	ESTUDIOS HELENICOS	" 5.00
** VI	BENITO LYNCH:	LAS MAL CALLADAS	" 2.00
* VII	GONZALEZ MARTINEZ:	EL ROMERO ALUCINADO	" 2.50
* VIII	HORACIO QUIROGA:	HISTORIA DE UN AMOR TURBIO	" 2.00
* IX	LUIS L. FRANCO:	LIBRO DEL GAY VIVIR	" 2.50
* X	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	LAS HERMANAS TUTELARES	" 2.50
** XI	LEOPOLDO LUGONES:	ODAS SECULARES	" 2.50
XII	R. SAENZ HAYES:	DE STENDHAL A GOURMONT	" 3.00
*** XIII	C. NALE REXLO:	EL GRILLLO	" 2.00
** XIV	GUILLELMO ESTRELLA:	LOS EGOISTAS	" 2.50
XV	EVAR MENDEZ:	EL JARDIN SECRETO	" 2.00
* XVI	MANUEL LUGONES:	POEMAS MEDIOEVALES	" 2.00
XVII	MARIÓ BRAVO:	CUENTOS PARA LOS POBRES	" 2.00
XVIII	MARTIN GIL:	AGUAMANSA	" 2.00
XIX	HORACIO QUIROGA:	EL DESIERTO	" 2.50
** XX	LEOPOLDO LUGONES:	FILOSOFICULA	" 2.50
* XXI	SAMUEL GLUSBERG:	LA LEVITA GRIS	" 2.00
* XXII	E. MENDEZ CALZADA:	NUEVAS DEVOCIONES	" 2.00
XXIII	NICOLAS CORONADO:	DESDE LA PLATEA	" 2.50
XXIV	LEOPOLDO LUGONES:	CUENTOS FATALES	" 2.50
** XXV	LEOPOLDO LUGONES:	ROMANERO	" 2.50
*** XXVI	HORACIO QUIROGA:	CUENTOS DE AMOR	" 2.50
XXVII	L. U. S. C. A. N. E.:	DE LO CURA Y DE LA MUERTE	" 2.00
** XXVII	ALFONSINA STORNI:	MAL ESTUDIANTE	" 2.00
XXIX	GUZMAN SAavedra:	O C R E	" 2.50
* XXX	JOSE PEDRONI:	LOS PROVINCIANOS	" 2.00
XXXI	B. SANIN CANO:	GRACIA PLENA	" 2.00
XXXII	REGA MOLINA:	LA CIVILIZACION MANUAL	" 2.50
XXXIII	LUIS L. FRANCO:	LA VISPERA DEL BUEN AMOR	" 2.00
* XXXIV	ALFREDO ORGAZ:	LOS HIJOS DEL LLASTAY	" 2.00
XXXV	ARTURO CAPDEVILA:	PENUMBERA	" 2.00
** XXXVI	LEOPOLDO LUGONES:	LOS PARAISOS PROMETIDOS	" 2.50
** XXXVII	HORACIO QUIROGA:	LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	" 2.50
XXXVIII	ROSA GARCIA COSTA:	LOS DESTERRADOS	" 2.00
** XXXIX	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	ES ENCIJA	" 2.00
* XL	JOSE PEDRONI:	ESTIO SERRANO	" 2.00
XLI	HORACIO QUIROGA:	LA GOTA DE AGUA	" 2.00
XLII	ARTURO S. MOM:	LA ESTRELLA POLAR	" 2.50
XLIII	L. U. S. C. A. N. E.:	LA ESTRELLA POLAR	" 2.00
XLIV	ROBERTO J. PAYRO:	TIEMPO DE VIVIR	" 2.00
XLV	E. MARTINEZ ESTRADA:	EL CASAMIENTO DE LAUCHA	" 2.00
XLVI	ALBERTO GERCHUNOFF:	ARGENTINA	" 2.50
		ENRIQUE HEINE	" 2.00

SERIE B

* I	ENRIQUE HEINE:	LAS NOCHES FLORENTINAS	" 2.00
II	ALBERTO SAMAIN:	CUENTOS	" 2.00
III	FITZMAURICE KELLY:	MANUAL DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA	" 3.00

* Agotado ** Segunda Edición *** Tercera Edición **** Encuadernación en tela

Dirigir los pedidos a nombre del administrador; Sr. Don LEONARDO GLUSBERG, Entre RIOS 1586, Bs. As.

B A B E L

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1586

U. T. 23 Buen Orden 4219

Algún día se dirá que Heine y yo hemos sido los más grandes escritores en lengua alemana.

Nietzsche (Carta a Brandes.)

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

1827 - Número dedicado a Enrique Heine - 1927

ESTA ciudad, señora, es sin duda una de las más hermosas de Alemania. Es hermosa, pero no es ilustre, porque en ella no ha nacido hasta hoy ningún varón famoso en las artes o en las letras...

Tal cosa dijo un día a la señora Elisabeth de Heine, hija del respetable doctor von Geldren, el abate Daunoi, mientras se alisaba la peluca parada con sus dedos tristemente flacos, cuyas yemas ostentaban manchas de color castaño dejadas por el rapé. El abate Daunoi era un viejo emigrado francés que había olvidado en el destierro de Dusseldorf las herejías de los convencionales y los horrores del cervicero Santerre. Sólo conservaba en su memoria la imagen de las bellas amigas del barrio de la nobleza y las cartas de líneas borrosas en que una actriz de otro tiempo o una dama de blando corazón le hablaban de horas fugitivas y de encuentros amables. Vivía en la pobreza, enseñando a los chichuelos de Dusseldorf el idioma divino de Ronsard. Sin embargo, se advertía en su lenta y medida palabra, en sus ademanes discretos y en el lustre de sus uñas cuidadas la gentileza de un verdadero abate del siglo XVIII, que por una contradicción del destino hallaba buena hospitalidad y cordial acogida en la casa del Arca de Noé, casa judía, cuyo dueño era vendedor de tapices y cuya dueña admiraba a Rousseau y leía con reflexiva fruición las páginas del "Emilio". En efecto, es en el saloncillo sobrio y tibio de la señora de Heine, donde se veía más al emigrado y es allí donde solía disertar, en presencia del rector Hugo, sobre los versos latinos de los colegiales y los epigramas del señor de Voltaire. A veces se conversaba de ingeniería, porque era la época gloriosa del Imperio y pocas personalidades de alto linaje dejaban de envidiar la suerte de los estrategas y el prestigio de los físicos; mas nunca se levantaba la tertulia sin que se elogiase la ciudad, porque la señora de Heine, a fuerza de leer a Rousseau, tenía el alma sensible al paisaje. Es por eso que el abate Daunoi, en quien persistía el espíritu galante de la juventud transcurrida en los cenáculos cortesanos de París, jamás olvidaba decir:

—Dusseldorf es una de las ciudades más hermosas de Alemania.

La ciudad del poeta

por

Alberto Gerchunoff

(Del libro "Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad")

Y Dusseldorf era entonces una ciudad hermosa. Las fortificaciones habían sido convertidas en jardines y el sol, al caer sobre la calle del Canal y la avenida del Principe, iluminaba con gracia moderada, con suave romanticismo germánico, la estatua del pintor Cornelio. De noche, la luna envolvía el antiguo palacio del Elector, a fin de que los estudiantes y los tenientes se sintieran penetrados de melancolía al musitar al oído de las muchachas de la vecindad estos versos de Lamotte-Fouqué, aparecidos un domingo en "El Almanaque de las Musas":

Tienes las pupilas verdes,
Verdes como las ondinas
¿Tienen alma las ondinas?



Enrique Heine en 1827 según el famoso dibujo de Oppenheim, grabado por Ludwig Heine.

Un poco más lejos, el Rin se desliza, quieto y nostálgico, animando con su melopea secular al laud del secular castillo, que mostraba en la ribera bordeada de tilos los negros ventanales que amaba Novalis, poeta triste y nocturno como el ruiseñor. Pero Dusseldorf no era una ciudad célebre a pesar de los jardines, de la Galería de Pinturas y de las tardas velas en que cantaban los marineros historias de raptos y de tesoros, a pesar de la puerta esculpida de la iglesia y de la cornisa lúgubre de la sinagoga. No caían en las fiestas viajeros ingleses, ricos barones de Suecia y magníficos príncipes de Rusia (que ya iban a París en busca de finos placeres) para recorrer los parques y comprar objetos, evocadores en los años finales de los itinerarios hechos a través del mundo. ¿Qué harían en Dusseldorf? ¿Acaso podía llevarlos el burgomaestre por la ciudad y señalarles un portalón derruido, un frontispicio requebrajado y decirles: "aquí nació Hans Sachs, aquí nació Alberto Durero"? Dusseldorf gozaba de la celebridad vulgar y grotesca que le daban sus fábricas de punch y de mostaza. En la taberna de Auerbach, donde el doctor Mefistófeles hizo salir vino de los cantos de la mesa para mostrar a los estudiantes de Leipzig lo que podía y lo que sabía, se encomiaba el artículo diciendo:

—Este punch es de Dusseldorf.

En Nuremberg, cuando se reunían los cantores a celebrar la primavera y comían estofado de ganso de Hamburgo, saboreaban la presa comentando:

—No hay mejor ganso que el de Hamburgo, ni mejor mostaza que la de Dusseldorf.

El rector Hugo solía preguntar por eso a la señora Heine y al señor Simón de Geldren, que leía novelas y tenía la nariz como Cyrano:

—¿Cuándo se dirá en Hamburgo y en Nuremberg, que no hay poeta más admirable que el de Dusseldorf?

La señora Heine, que no gustaba de los poetas, miraba con temor al pequeño Enrique y contestaba:

—Nunca, señor rector.

Y Simón de Geldren respondía, mirando a su sobrino Enrique con secreta esperanza:

—Ya se dirá eso algún día, señor rector.

Simón de Geldren amaba las aventuras extraordinarias, los duelos de los caballeros, los relatos de amores sublimes. Era feo, ridículo y jactancioso. En su altílo, en el fondo de la casa, colgaba del muro un tapiz oriental y una espada mohosa. Allí pasaba largas horas Enrique Heine para no estudiar las lecciones de geometría del profesor Brewer; allí hojeaba los libros del abate Daunoi, con ejemplos de Racine y de La Fontaine, con pasajes de Bossuet y de Descartes. Sobre el ralo tapiz se veía una doncella con un cántaro y un mozo de extenso albornoz, que se inclinaba ante ella con noble humildad. Enrique Heine tenía quince años, y en contraba a la doncella del desvanecido tapiz parecida a su prima Amelia, a la cual dió cierta vez un beso mientras vagaban entre los tilos. Pensando en la figura del tejido antiguo y en la deliciosa muchacha cuyos labios no se apartaban de su recuerdo, hizo — cosa de nada — unos versos que empezaban así:

Todos los días digo al levantarme
¿Vendrá hoy mi dulce amor?

Quiso mostrarlos al rector Hugo, mas no se atrevió porque el rector Hugo, leía únicamente "Las Mesías", y creía que los poetas no deben empezar las composiciones sin invocar las musas, según se deducía de las opiniones del maestro Schlegel. Quiso también leerlos al abate y tampoco se decidió. Los leyó al buen tío, al tío ridículo, al fantasioso Simón de Geldren, y éste se echó del altílo abajo, cayó al saloncillo y sin mirar quién estaba allí, declamó con aire trágico los versos destinados a conmover corazones en todas las lenguas y en todos los países. Nadie aprobó los versos, porque el saloncillo estaba desierto, y Simón de Geldren se retiró acariándose la inmensa nariz como era su costumbre.

Y Heine no quería estudiar más. Lo obligaron a trabajar en un Banco para que fuera banquero como el señor Rothschild, le obligaron a trabajar en una casa de comercio para que se hiciera rico como el fabricante de punch. Heine hacía versos. Ya había hecho, al alojar en su casa a granaderos franceses, aquel romance triste y heroico:

La certidumbre de su suerte le comunicó el orgullo de los predestinados. Gustaba decir más tarde con dolorosa malicia:
—Rector: Dusseldorf será una ciudad famosa porque con el tiempo vendrán en peregrinación a ver la casa en que he nacido. Las "mises" se detendrán en este saloncillo, se pondrán los "impertinentes" y buscarán en la pared los retratos de mi juventud y dirán: "¡qué hermoso era el poeta!" Sabios profesores de Bonn y de Hildelberg vendrán a es-



Enrique Heine
Cabeza de estudio por Hoffmann

tudiar la arquitectura del edificio en que hemos vivido, para comprender mejor mis combinaciones métricas y mis ideas estéticas. En los institutos de Berlín, donde se odia a los judíos, se leerán mis versos y alguna princesa melancólica tendrá mi imagen en un marquito cincelado, y mis poesías en un volumen encuadernado en piel de jabali. Esta ciudad que usted ama será célebre porque yo seré célebre. Créame, rector Hugo, el ilustre Schlegel es un pobre diablo... Cuando yo muera...

La emperatriz Isabel de Austria, de humor huraño y de corazón generoso, leía consantemente "El libro

de los cantares" y veneraba la memoria del angustiado y terrible poeta, que murió en París, una tarde lluviosa de 1856.

Hacia muchos años que no se movía de su sillón, cerca de la ventana que daba a los Campos Eliseos. Matilde, que no entendía sus versos alemanes, le dijo aquella vez que unos jóvenes con gorros colorados deseaban verle. La habitación estaba a oscuras. Al lado del poeta, el médico consolaba a Berlioz, que lloraba. Los jóvenes de gorro colorado, eran estudiantes de Alemania, estudiantes que amaban la libertad y la poesía y, sabedores de que Aristóteles se moriría, venían de su lejana ciudad a despedirse del ruisenior alemán cantándole romances tradicionales. Heine se levantó penosamente un párpado para ver a los mensajeros de su tierra natal. Los estudiantes cantaron los "lieder" en que se evoca la vida de la vieja Germania de los bosques y del Rin, de las ninfas y de los gnomos, las estrofas del caballero Tannhauser, que conoció a Dama Venus y padeció por su amor.

Muchos lustros después, la princesa de Montignoso, reina de Sajonia, había escrito su nombre en el muro de la casa en que nació el poeta. La emperatriz Isabel colocó su busto en su silencioso castillo de Corfú, bajo el cielo de Grecia. El busto fué derribado por el emperador Guillermo de Hohenzollern, de quien dijo Heine a principios del siglo pasado: "Y Thor dejará caer su pesado martillo y aplastará las catedrales góticas". El destino ha castigado al enfurecido derramador de sangre, volteador de catedrales y de estatuas de poetas.

En cambio, amamos a Dusseldorf y amamos al Rin porque en Dusseldorf nació el cantor de los romances y porque el Rin corre en sus versos, plateado por la luna de las noches plácidas, y en la ribera florida, en la copa de los tilos, se sobrevive en los gorjeos del ruisenior. Y todos los que sienten penas de amor o tristezas de vivir hallan en sus canciones su propio consuelo, porque una vez, un poeta judío desdeñado por los teutones, dijo melancólicamente en verso simple e impercedero:
Soy un poeta alemán...

Canción de los Tejedores a Enrique Heine

TU que fuiste libre, sabes lo que hacemos
En nuestros telares, ruisenior del Rin?
Como en tu Silesia, tejemos, tejemos,
Y nuestro trabajo se acerca a su fin.

Al pie de tu losa hoy te lo diremos
En los versos rojos de nuestra canción;
Desde hace ya siglos tejemos, tejemos,
Telares cansados nuestras almas son.

Esperando el alba con ojos abiertos,
Sin odio, sin ira y sin inquietud,
Tejemos sudarios para dioses muertos;
La roja mortaja de la esclavitud.

Fuiste un hombre libre. Y nos comprendemos
Desde tu sepulcro, ruisenior del Rin;
Como en tu Silesia, tejemos, tejemos,
Y nuestro trabajo se acerca a su fin.

H é c t o r P e d r o B l o m b e r g

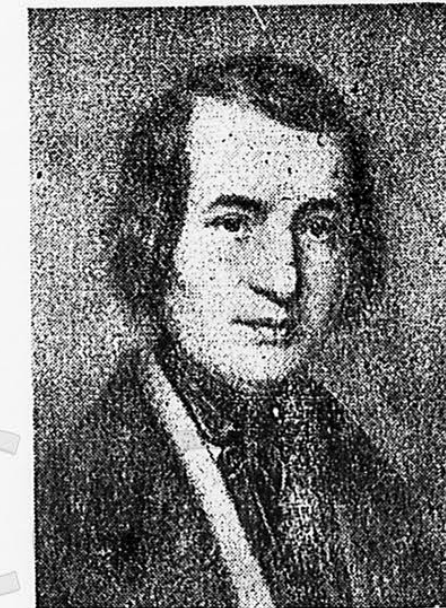
Enrique Heine

por

Jorge Brandes

(Del Estudio que se publica íntegramente en "Los Cuadernos literarios de Oriente y Occidente".)

CABE trazar un paralelo entre el arte de Heine y el arte de Rembrandt. Ninguno de ellos tiene ni una gota de sangre académica; el cuño espiritual de los dos es decididamente moderno.



Rembrandt no pertenece a los más grandes realistas, por cuanto muchos le sobrepasan en la aptitud de dar el color local y su justo valor, o en hacer destacar indubitablemente por medio del claroscuro la primitiva forma y color de los objetos. No el color, sino la luz es lo principal para Rembrandt. Para él, la luz es la vida; la lucha de la vida es en él la lucha de la luz, y la tragedia de la vida es la tragedia de la luz que se debate y agoniza en humedad y oscuridad. Para señalar su verdadera magnitud de pintor, habría que llamarle con una expresión de Fromentin, luminista, antes que colorista, si es que por luminista se entiende tal hombre que concibe la luz de una manera absolutamente peculiar. A veces sacrifica el dibujo, y hasta la cabal ejecución pictórica, cuando ante todo, lo que quiere es alcanzar un rayo de luz y un efecto de luz. Hágase memoria, por ejemplo, de aquel mal pintado cadáver de la "lección de Anatomía". Pero la causa que hace que en ejecutar retratos muy parecidos, en pintar manos, o en reproducir bien las estrofas, se quede su talento a la zaga del de los verdaderos realistas, es quien le hace tan grande allí donde trata la luz, y con la luz expresa el sentido que sólo para él tiene, de vida íntima, de un mundo de despierta visión de sueño.

Esta fama universal no reside solamente en las peculiares cualidades de Heine, sino también en que hay en su obra grandes partes para las cuales sólo es menester una cultura inferior, y para cuya apreciación deleitosa, tampoco se necesita excelstitud de alma; al contrario, la excelstitud de alma pudiera estorbar ese deleite. Pero no por esto es menos verdad que su fama reside en haber sido su talento el más grande de su orden entre sus contemporáneos.

Una cosa semejante ocurre con Heine.

Piénsese solamente en las visiones de sus grandes poemas y de su prosa. Por regla general, al comienzo se tiene él más cerca de la tierra que otros poetas; mas luego se abre sobre este oscuro terrestre, una clara visión que resplandeciente, llega y desaparece. Eso se ve aún en composiciones pequeñas, como, por ejemplo, aquella ya citada, de las conversaciones en la cabaña de pescadores, acerca del Ganges y de Laponia.

Hágase memoria, además, de la manera cómo Heine presenta al lector la figura de Napoleón. En sus "Granaderos" la representación de Napoleón se evoca a modo de una visión. Las palabras: "Da reitet mein Kaiser wohl über mein Grab", son a modo de una nocturna revelación, iluminada por el brillo de las espadas.

O bien hágase memoria de la manera cómo Heine evoca la figura de Jesús. En el poema "Friede" ve a Cristo a modo de príncipe de la paz, con blanca vestidura flotante, tamaño como un gigante, caminando sobre las aguas.

Si Heine hace época en la historia de la lírica alemana, aún en la historia de la lírica universal, es por su estilo enteramente nuevo; por la combinación de la exaltación y el humor en la lírica; y por un cuño espiritual del todo nuevo: que es la introducción de la prosa en la poesía, a guisa de locura de la poesía, o de bufonada a expensas de la poesía; y todo esto estriba asimismo en su situación histórica: porque sobreviene Heine con ocasión del tránsito de la deformación romántica de la realidad, al sentido pesimista de la realidad: este tránsito, el cual justamente por aquel entonces se efectuaba, explica la fusión de los dos elementos que se hallan en la poesía de Heine.

El dominio más peculiar de su señorío artístico es ante todo un claroscuro como aquel de Rembrandt.

Destacar de la sombra y del claroscuro en que se hallan anegadas, las partes decisivas, y alcanzar con la luz, con la luz natural, efectos espirituales, y sobrenaturales, conjurándola de un mar de oscuras olas de sombras; y para esto hacerla irrumpir ondulante y cruda como una resplandeciente llama, de entre el claroscuro, hacer transparente el oscuro, y como cristalino el claroscuro: este es el arte de Rembrandt.

El arte de Heine, que le está muy estrechamente allegado, es hacer surgir un mundo moderno de imaginación y de ensueño, en transiciones inaprehensibles, de la vida real, y hacer sumar de nuevo a este mundo de ensueño en este mundo de realidad, ora de modo que la visión se ofrezca a plena luz, mientras que la realidad se pierde en la penumbra, ora, al revés, de modo que la visión se borre y la realidad vaya poco a poco saliendo a la clara luz del día.

(Traducción de Julio Fingerit.)

UN artículo de doña Emilia Pardo Bazán, publicado en el número 440 de la *Revista de España*, que se halla en el tomo CX, correspondiente a los meses de Mayo y Junio de 1886, nos daría el trabajo hecho a no ser por los treinta y dos años transcurridos desde su publicación, que han aportado nuevas contribuciones a la "Fortuna española de Heine", como aquel artículo se titulaba, con la publicación de versiones y estudios o el conocimiento de obras anteriores que escaparon al plan de aquel meritorio trabajo. El P. Blanco García, en el segundo tomo de su libro acerca de *La Literatura española en el siglo XIX* (Madrid, 1891-1894, tres tomos) consagra un capítulo a los traductores e imitadores de Heine, y habla de Florentino Sanz, de Bécquer, de Augusto Ferrán y de otros poetas menores, dejando bien establecida, en general, la filiación de todos ellos. Para Heine no tiene, en cambio, grandes alabanzas: su espíritu, como es norma en aquel libro, no puede perdonar al "sectario" sus sátiras cívicas. Sólo el poeta obtiene alguna consideración. Este es el sentido general de la crítica española con respecto a Heine, bien resumido por la señora Pardo Bazán en el artículo citado: "Heine se nos ha entrado antes que por las puertas de la cultura literaria, por las del corazón y fantasía, y al par que modelos de nuestra lírica, le deben adecuada expresión buena parte de nuestros sentimientos, aspiraciones y tristezas. Más que en el Parnaso, vive en el alma. — ¿Y por qué medio ganó Heine esta victoria? ¿Con su vena satírica, o con sus arrebatos amorosos? El elemento crítico de Heine, ni es tan nuevo e inusitado en la musa alemana como vulgarmente se piensa, ni influye y agrada completamente, sino en circunstancias especiales y a determinadas personas. Cuanto de Heine se lee y relea y aprende de memoria en Francia, en Italia, en España, no es *Lutecia*, *Germania* ni *Atta Troll*, sino las enamoradas, risueñas y desesperadas canciones del *Entre-acto lírico*, del *Regreso* y de la *Nueva Primavera*; y el poeta hispano que bebió en las corrientes de la heiniana inspiración, no imitó por cierto diatribas y pamphlets, cuentos de invierno ni de verano, sino suspiros, quejas y ternuras amorosas, lo que bellamente llamó un crítico insigne red de ensueños y dolores; en suma, el elemento femenino de Heine".

Dejó, pues, a un lado, el siglo XIX español, todo el elemento "masculino" de Heine. En cambio, su lírica logró entre nosotros verdadera difusión. "No sólo por su intensidad, fuego y ternura nos sedujo Heine — dice asimismo la condesa de Pardo Bazán, — sino también por su artística brevedad, por lo sobrio de sus procedimientos, que contrasta con la verbosa abundancia de que suelen adolecer nuestros versificadores. Tanto cautivó al público español la concentración de la poesía heiniana... que se

Heine en español

por

E. Díez-Canedo

(Del libro "Páginas Escogidas", de Enrique Heine, edición Calleja)

puso de moda imitar a Heine en lo único accesible a la chusma rimadora, el tamaño, y adquirieron carta de naturaleza en nuestro Parnaso los famosos *suspirillos*, a la vez definidos y estigmatizados por el poeta de más robusta y amplia forma que hoy posee España".

Esta alusión a Núñez de Arce es oportuna. El poeta de los *Gritos del combate* no conoció al Heine luchador, al "prusiano liberado", sino al que sus imitadores de España diluían en insulsas estrofilas, que tenían por dechado las admirables *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer.

Bécquer es, en la poesía española, un Heine unilateral. Esta cuestión de la influencia de Heine en Bécquer se ha solido tratar con un criterio "patriótico" inaplicable a una cuestión meramente literaria. No es atacar a Bécquer señalarle fuentes germánicas; y ningún menoscabo sufre por ello la originalidad del poeta sevillano. La correspondencia de sus sentimientos con la expresión poética que les da es innegable, perfecta y maravillosa. Pero en literatura nadie es tan señero e independiente que no guarde profundas relaciones con otros escritores; y ningún escritor grande, por fuertes que sean las semejanzas de su obra con la obra ajena, pierde su personalidad. Tantas veces se ha repetido esto; tanto se ha aducido el ejemplo de Virgilio, de Jorge Manrique, de Garcilaso, de Andrés Chenier, que huelga ocuparse de ello una vez más.

Ahora bien; la influencia de Heine en Bécquer se ejerció no directamente, sino a través de otro poeta español menos afortunado: de Eulogio Florentino Sanz (1). El mérito de Florentino Sanz estriba en haber tenido la fortuna de fijar la forma española de Heine. Sus versiones, publicadas en *El Museo Universal*, año I, número 9, correspondiente al 15 de Mayo de 1857, guardan tal semejanza con las *Rimas*, que sorprende en verdad. Y no sólo las versiones de Heine impresionan a Bécquer, sino las mismas poesías originales de Sanz: se han citado ejemplos incontestables. Bécquer dirigió *El Museo Universal* en 1866, y en él aparecieron muchas de sus *Rimas*, posteriores a las traducciones de Sanz. Más importante creemos esta influencia que la de las traducciones francesas que hubo de conocer.

Como las versiones de Eulogio Sanz están muy poco difundidas, hemos creído conveniente reproducirlas

aquí, tomándolas de la revista en que se publicaron, hoy difícil de consultar. Son quince, sacadas, en su mayor parte, del *Intermezzo*, aunque las hay también de otras colecciones heineanas.

Llevan por título: *Poesía alemana. — Composiciones de Enrique Heine*, traducidas del alemán al castellano por D. E. Florentino Sanz. Hay además otra versión de Florentino Sanz, que hemos podido identificar. Publicóse en un *Almanaque del Museo Universal*, como traducción del alemán y, mucho después, como *madrigal inédito*, sin indicar que era traducción, en el tomo II del *Cancionero de la Rosa*, de Pérez de Guzmán. Pero es la canción XLIX del *Regreso*, que comienza: *Du bist wie eine Blume...*

Quizá tradujera Florentino Sanz otras composiciones de Heine, pero naufragaron con la recopilación de sus versos, cuyo paradero no hemos podido hallar.

Pasan las versiones de Florentino Sanz por las primeras que de Heine se hicieron en castellano; mas no es así. Ya en 1842, *El Pasatiempo*, diario madrileño de teatros, publicó una versión titulada "Sólo ella lo sabe" (*Imitación de H. Heine*), hecha por D. Pedro de Madrazo. Salió en el número del 4 de Agosto (126 del año I).

De 1860, cuando más, han de ser unas versiones que dejó inéditas en su *Antología anglo-germánica* o *colección de poesías inglesas y alemanas traducidas e imitadas en verso castellano* D. Enrique Lorenzo de Vedia y Goosens, que murió en Jerusalem, el 8 de Octubre de 1863, siendo allí cónsul general de España. Conocemos esta colección gracias a la amabilidad de D. Carmelo de Echegaray, cronista de las Provincias Vascongadas, que nos ha comunicado la copia que posee. Vedia traduce cinco poesías de Heine: *Deseos*, *¿Por qué están las rosas pálidas y tristes?*, *La hermosa pescadora*, *¡Ay!*, *si supiesen las florecillas* y *Los Granaderos*. No es en las versiones de Heine donde se muestra más feliz el admirable traductor de la famosa *Elegía* de Tomás Gray. En 1861 está fechado el prólogo de una versión completa del *Intermezzo*, que se publicó también en *El Museo Universal* seis años más tarde, en los números que van del 5 de Mayo al 2 de Junio de 1867; pero esta versión es indirecta, diluida y nada poética. Desde 1862, el mismo *Museo Universal* y *La Abeja*, de Barcelona, publican otras versiones sueltas. E innumerables son las que hemos leído en libros y revistas españoles e hispano-americanos, muy bellas algunas, y muy poéticas. Pero no entra en nuestros propósitos catalogar estas versiones, y aún creemos que una lista de nombres ha de ser muy incompleta: apenas hay poeta que no se haya dejado tentar por Enrique Heine.

La condesa de Pardo Bazán, en el artículo aludido, escribe: "Si a las versiones ya citadas añado una de co-

secha propia, que duerme incompleta e incorrecta en mis cajones, sin otro origen que el de satisfacer la devoción por un poeta favorito..." Y escribe también: "Es harto fácil echar a perder a Heine, y difícil, casi imposible, oscurecerle del todo: tal es de imperiosa y vencedora, su genialidad poética." Fina y exacta observación que nos explica el gusto que se halla en algunas traducciones que aun hemos de mencionar, aun en las más deficientes.

Desde 1873 la librería española cuenta con versiones de Heine. Por orden cronológico, lo más aproximadamente posible, anotamos aquí los libros que conocemos, no sólo españoles, sino hispano-americanos:

Joyas prusianas. Intermedio. Regreso y Nueva Primavera. Tr. en verso, por Manuel M^o. Fernández y González. (Madrid, 1873; segunda edición, en 1878).

Intermezzo lírico. Tr. en verso, por Francisco Seilén. Nueva York, 1875).

El Intermezzo. Tr. en verso, por Angel Rodríguez Chaves. (Madrid, 1877).

Poemas y fantasías de E. H. Tr. en verso, por José J. Herrero. (Madrid, 1883, Biblioteca Clásica, tomo LXI; reimpresión en 1909 y en 1912).

Poesías de Heine. Libro de los cantares. Tr. en verso, por Teodoro Llorente. (Barcelona, 1885. Bibl. "Arte y Letras": hay reimpresión de 1908 y nueva edición corregida y aumentada del mismo año, que se anota aparte).

El Cancionero. Das Buch der Lieder. Tr. en verso, por J. A. Pérez Bonalde. (N. York 1885) (por errata dice la portada MDCCCXXXV); reimpresso en París, sin fecha (1912), en la Bibl. Quisqueyana, y en Madrid, en 1917, en la Bibl. de Autores Célebres (Extranjeros).

Legendas, Nocturnos, Hojas caídas, Romancero, El libro de Lázaro. Tr. anónima, en prosa. (Barcelona, sin año. Bibl. de Ambos Mundos; nueva edición, Barcelona, 1906).

Traducciones de Enrique Heine. Por Ricardo Palma, en verso. (Lima 1886).

Cuadros de viaje. Trad. por Lorenzo González Agejas. Tres tomos. (Madrid, 1889 los dos primeros y 1906 el tercero; son los CXXIV, CXXVI y CCXV de la Biblioteca Clásica. El último lleva como apéndice una traducción en verso del "Intermedio lírico").

En el Hartz. Viaje que se incluye en la colección Reisebilder. Tr. por Juan Luis Estelrich (Palma, 1892, Biblioteca Literaria).

Poesías. Trad. en verso, por Teodoro Llorente. (Barcelona, sin año (1908); nueva edición del tomo antes citado, corregida y aumentada con *El mar del Norte*, *Nueva primavera* y otras composiciones).

De la Alemania. Trad. por Pedro González Blanco. Dos tomos. (Valencia, sin año, [1906]).

Los dioses en el destierro. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1906].)

El libro de los Cantares. Tr. "libre", en verso, por Emilio Gante. (Barcelona, sin año [1908].)

Memorias. (Madrid, sin año. Colección de libros escogidos).

Confesiones y memorias. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1911].)

Italia. Trad. por Pedro González Blanco. (Valencia, sin año [1913].)

Alemania. Trad. por Luis de Terán (Madrid, sin año, Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia).

Obras escogidas. Tr. en verso por José Pablo Rivas. (Paris-Chartres, 1912, en la Colección de Autores célebres, de Garnier. Otra edición, con el título de *Obras poéticas*, en la Bibl. Montaner y Simón, de Barcelona, 1914).

Hay además una notable traducción catalana del *Intermezzo*, hecha por Apeles Mestres, y publicada en el año 1895.

De estas versiones poco hemos de decir; son libros que están, en su mayor parte, al alcance de todos. Se observará que las obras en prosa, salvo *los Cuadros de viaje*, no se han traducido hasta los años últimos; y casi todas para la colección popular del editor Sempere, (2) entre los más avanzados estudios de política, sociología y literatura. En cambio se ve lo reiteradamente que se ha trabajado sobre las obras poéticas.

De los traductores completos, en verso, dos se aventajan sobre todos los demás: Teodoro Llorente y Juan Antonio Pérez Bonalde, pero sus ver-

siones no carecen de defectos. Consiste el principal en lo rígido de la versificación. La de Llorente abunda, además, en rellenos para la rima y en giros que se apartan de la expresión directa. La del *Intermezzo*, hecha por el cubano Francisco Sellén, algo seca, es, a costa de la fluidez, muy ceñida y de mucho carácter. Está, pues, por hacer aún la verdadera traducción castellana de Heine.

El P. Blanco García habla de la "no del todo ingloriosa" faïange de los imitadores. Ya hemos dicho que los más lo son a través de Bécquer; esta influencia se enlaza con la de Campoamor, cuyo escepticismo, de buen tono y cuya filosofía del vivir se acercaron, a veces, en el espíritu, a la manera de Heine. Menciona el P. Blanco a Augusto Ferrán, en cuyos cantares de *La Soledad* y *La Pereza*, se advierten efectivamente notas dignas de Heine. Mucho hay también de su tono en Rosalía Castro, entusiasta del poeta alemán, a quien conoció asimismo por Eulogio Florentino Sanz, que le envió la traducción francesa, según hubo de comunicarme mi malogrado amigo Saïd Armesto. Las poesías gallegas y las castellanas de Rosalía son más heineanas que las de Bécquer mismo; hay en ellas un fondo de amargura y un acento de sarcasmo que suelen faltar en el autor de las *Kimas*. De los poetas contemporáneos, Juan Ramón Jiménez ha dejado pasar alguna vez por sus delicadas composiciones, un aliento de Heine; su nombre lo puso entre los de "veinte poetas favoritos" en la cubierta de *Jardines lejanos*.

La crítica no ha estudiado muy detenidamente entre nosotros a Heine. Pueden leerse los prólogos a las versiones de Llorente y Bonalde, y, en especial, el que para la segunda edición de esta última escribieron el dominicano Andrejulo Aibar. Ya hemos citado el estudio de la condesa de Pardo Bazán, que más se retiene al intuio de Heine en España. Un tomo sobre la vida y la obra de Heine ha publicado pocos años hace don José Pablo Rivas. Pero la introducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo a la versión de Herrero, recogida después en sus *Estudios de crítica literaria*, es el trozo más elocuente y a la vez la crítica más alta que se ha hecho entre nosotros del poeta del *Intermezzo*, del poeta cuya obra es como "un fruto acre y picante y, a la vez, sabroso y tierno". Y al ensalzar la poesía de Heine, cuya delicadeza incomparable confiesa que se le escapó en otro tiempo, afirma: "Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos." Muy distinto es esto de la diatriba que contra él lanza el P. Blanco García, y muestra que el primero de nuestros críticos tuvo noción clara del valor de Heine que no alcanzaron a ver por completo los que se extasiaron sólo ante el poeta del pino y de la palma. — E. D. C.

ENRIQUE HEINE

PÁGINAS
ESCOGIDAS

VERSIÓN DE E. DÍEZ-CANEDO



CASA EDITORIAL CALLEJA
FUNDADA EN 1874

M A D R I D

Hörst du nicht die fernen Töne

¿No oyes, di, lejanos sonos,
Como de violas y flautas?...
Giran allí muchas bellas
En alas de alegre danza.

—“Caro amigo, te equivocas:
No hay tales violas ni flautas:
Lo que escucho es el porquero
Que ya vuelve con su piara.”

—“¿No escuchas sonar los cuernos
De los que van a la caza?...
Miro los corderos y oigo
Tocar pastoriles gaitas.”

—“Ay, amigo, te equivocas:
No hay tales cuernos ni gaitas:
Lo que veo es el cabrero
Que conduce su manada.”

—“No oyes, di, lejanas voces
De trovadores que cantan?...
¿Se diría que los ángeles
Agitan sus blancas alas?...”

—“Lo que etan dulce te suena,
Trovas no son ni cantatas:
Son los ansos, que ya vuelven
Conducidos a la granja.”

—“Las campanas, di, no escuchas
Vibrar, sonoras y claras?...
Los fieles marchan, contritos,
A arrodillarse ante el ara.”

—“Eso que oyes es la esquila
De los bueyes y las vacas,
Que al establo del cortijo,
Paso a paso, vuelven tardas.”

—“¿Ves aquel velo flotante
Y aquel ondular de hada?...
¿Es la hermosa, que me envía
Entre suspiros, su alma!”

—“Yo, querido, lo que veo
Es la mendiga, es la Paca,
Que atraviesa en sus muletas,
Andrajosa y descarnada.”

—“Puesto que has reído, amigo,
De mis sueños a tus anchas:
¿Tendrás también por visiones
Lo que siento yo en el alma?”

Ich weiss eine alte Kunde

Conozco una vieja historia
Que es un eco de aflicción:
Era un caballero amante
A quien su amada engañó.

Por traidora despreciaba
A la que fuera su Dios
Y por afrenta tenía
La tortura de su amor.

A los demás paladines
A la arena convocó:
“Salga al frente el que indicare
Una mancha en mi pasión!”

Todos callaron en torno,
Menos su propio dolor,
Y a sí volviendo su lanza,
Se la hundió en el corazón.

Wir haben viel füreinander gefühlt

Mucho un tiempo nos amamos
Con perfecta propiedad:
Y a casados muchas veces
Nos pusimos a jugar.

Nunca golpes ni querellas
Empañaron la amistad:
Al contrario, nos besamos
Y reimos sin cesar.

Mas un día, como niños
De pureza virginal,
En el bosque al escondite
Nos pusimos a jugar:

Y logramos escondernos
Con tan rara habilidad,
Que jamás en esta vida
Nos podremos encontrar!

Ich hab im Traum geweinet

En sueños lloré un día:
Soñé que en el sepulcro te veía;
Y aun después de despierto,
El raudal de mis lágrimas corría.



Enrique Heine en 1827

Doce poesías de Enrique Heine

Según las versiones de Juan Antonio Pérez Bonalde

Nun ist es Zeit, dass ich mit Verstand

Tiempo era ya de abandonar, sensato,
Aquellos devaneos;
Pues la comedia del amor, contigo,
Representando estuve largo tiempo.

Eran los bastidores de un estilo
Romántico, sobe-bio:
Mi manto señorial bordado en oro,
Y de excelsa bondad mis sentimientos.

Y hoy, después que esas locas ilusiones
He roto por completo,
Sigo siendo infeliz, pues todavía,
Sin cesar, la comedia represento.

¿Dios mío, en mi dolor y en mi inconsciencia,
He dicho mi secreto;
Con la muerte en el alma, me he pasado
De moribundo gladiador haciendo!

Schwarze Röcke, seidne Strümpfe

Negros vestidos, medias de seda,
Puños de encaje, blancas corbatas,
Dulces palabras, prodigios besos:
¿Si por lo menos tuvierais alma!

Aima sincera dentro del pecho
Y amor ardiente dentro del alma!
Pero me agobian vuestras mentidas
Lamentaciones de penas falsas.

A las montañas me voy ahora;
A las montañas donde se alzan
Las fieles chozas, donde se aspiran
Con libre pecho, las libres auras.

A las montañas, donde se yerguen
Los negros pinos, y donde cantan
Los arroyuelos como los pájaros,
Mientras en alto las nubes pasan.

Hasta la vista, señores frívolos,
Frívolos hombres, frívolas damas,
Cómo a reirme voy de vosotros
Desde la cumbre de las montañas.

Sie hatten sich beide so herzlich lieb

Se amaban con amor profundo y tierno:
Eran ambos ladrones, gente impia:
El forjaba ganzúas, y ella, en tanto,
Acostada en el lecho se reía.

Pasaba el día alegre, y por las noches
En sus brazos gozaba — mas un día
Se lo llevaron preso, y ella, ella,
Asomada al postigo, se reía.

“¡Oh, ven conmigo, ven, no me abandones!”
El en su desventura le decía,
“Vivir sin ti no puedo.” Mas la ingrata
Meneaba la cabeza y se reía.

A las ocho-lo ahorcaron, — a las nueve
Bajaba al fondo de la tumba fría;
A las diez... a las diez su idolatrada
Apuraba champagne y se reía.

Doktrin

Toca el tambor y no tengas temor,
Den a las mozas tus besos placer:
Esta es la ciencia más bella y mejor,
No hay en los libros más hondo saber.

Toca el tambor, no nos dejes dormir,
Dianas redoble tu joven vigor;
Con tu tambor nos podrás conducir...
Esta es la ciencia más bella y mejor.

Hegel no enseña verdad superior,
No hay en los libros más hondo saber...
Yo, que soy cuerdo, no dejo el tambor...
Tamborilero tan sólo he de ser.



Enrique Heine en 1840

Der Sturm spielt auf zum Tanze

La tormenta al baile invita
Con su rugir y silbar.
¡Ay! ¡Cómo danza la nave!
¡Qué alegre la noche está!

Montañas de hirviendo espuma
Forma el escrespado mar;
Ya aquí en abismos se abre,
Ya se eleva al cielo allá.

Votos, quejas y plegarias
Suenan en la oscuridad;
Y yo, asido al mástil, pienso:
¿Quién estuviera en su hogar!

Du schönes Fischer mädchen

Ven, ¡oh, linda pescadora!
Acerca el bote a la tierra,
Ven y siéntate a mi lado
Y hablemos de cosas tiernas.

Reclina sobre mi pecho,
La cabeza, y nada temas;
Tú, que diariamente fías
Al rudo mar tu existencia!

Como el mar, mi pecho agitan
Flujo y reflujo y tormentas,
Y en su oscuro fondo yacen
Escondidas muchas perlas.

Ja, du bist elend,

Si, tú estás siempre sola,
Y yo... yo no me quejo;
Los dos, en agonía
Vivimos y en tormento;
Y en tanto que la muerte
No venga a socorrernos,
Seremos desgraciados,
Mi vida, — ¡lo seremos!

La punzadora burla
De tu sonrisa veo:
Y el de tus claros ojos
Relámpago tanero:
Y el indomable orgullo
Que se anidó en tu pecho...
Mas, ¡eres desgraciada,
Como tu amigo eterno!

Si tu sonrisa encubre
Mucho pesar secreto:
Lágrimas comprimidas
Guardan tus ojos secos;
Y oculta herida sangra
En el altivo pecho...

Séremos desgraciados
Mi vida, — ¡lo seremos!

LA moderna literatura judía no ha sido hija del ghetto — aunque muy bien podría llamarse su nieta, — que son los abuelos los que sufren y los nietos los que recuerdan, elaborando en arte el dolor ya antiguo.

El verdadero iniciador de esta literatura ha sido, no obstante su volterrianismo y su repudio de todo signo material con sus hermanos de raza, el gran Enrique Heine. Converso al culto de la cruz, adorador a lo gentil de la Venus de Milo, escéptico y burión, el gran Enrique, que, a pesar de todo, no pudo eludir la semejanza física con el Cristo semita cuando el dolor talló su rostro con los rasgos del sufrimiento, excepcionalmente estilizados en la figura del Nazareno, inicia el alborar de la literatura judía con su comienzo de novela *El rabino de Bacharach*. En esta obra, de la que apenas escribí tres capítulos (unas setenta páginas), pero de la que se conoce el argumento, proponíase el poeta evocar escenas de la vida israelita en la antigua Germania, cuando estaban en su vigor las severas proscripciones que erigieron las murallas del ghetto; o para decirlo con sus propias palabras: "el vasto dolor de su pueblo". Abandonando el predilecto estro satírico, revélasenos Enrique Heine en esta novela, solamente incoada, animado de un fervor serio y profundo, como si volviera a ser el creyente que ya fuera en su infancia restituido a la fe de sus ascendientes por la experiencia desencantada de la vida. ¡Patética tragedia la de este gran poeta judío, que abandonando con juvenil impaciencia, como vejez incompañable con un espíritu moderno — todo es moderno después de la revolución francesa. — el viejo hogar y el viejo templo de los israelitas, donde tenía inmemorial asiento, deponiendo todo signo confesional menos el cruento y recóndito, lánzase, seducido por los sonos de las trompetas revolucionarias, al nuevo mundo de la fraternidad universal que acaban de descubrir los revolucionarios franceses! Este mundo nuevo él se propone hollarlo, gozarlo, hacerlo suyo con la voluptuosidad con que los exploradores antiguos desposaron sus sombras con la tierra maternal de un nuevo continente. El imagina que en la nueva era del mundo, en la era de la fraternidad, ya no tienen ninguna importancia los signos diferenciales, que religión y raza son cosas secundarias cuya presunta fatalidad puede quedar borrada en un solo día, que circuncisión o bautismo son un mismo e inútil sacramento.

El piensa que esa figura del judío tan profundamente moldeada por los siglos o más bien por el espíritu de la ley mosaica, que ha resistido hasta en su integridad fisiológica al fuego de las hogueras y a todos los azaros de los sexos, puede quedar anulada en un instante y barajarse con las demás figuras étnicas sin salir del círculo de las analogías ni herir la memoria y los asombros ancestrales.

El Rabino de Bacharach

por

R. Cansinos Assens

En París, y en su juventud, Heine representa el papel de un personaje cosmopolita, para el que son equivalentes todas las diferencias nacionales, como si su espíritu asumiese la medida universal de ciertos órganos, ya que se nutre de las ideas generales e igualitarias.



Pero hay momentos en la vida de Heine en que el poeta, por debajo de ese disfraz cosmopolita con que asiste a la mascarada igualitaria del siglo XIX, siente la existencia real de los signos ancestrales presuntamente abolidos, y no obstante su voluntad de ser un hombre de su tiempo, fundido en todas las analogías del patrón internacional, comprende que, en el fondo, persiste en él imborrable la tremenda diferencia de su condición israelita, como ese sello incombustible que no han podido destruir las más altas y voraces hogueras. Para todos sus presuntos iguales, él sigue siendo el judío; cuando el quiere olvidario, sus enemigos se lo recuerdan, y aun sus amigos se le dan a entender, reteniendo siempre en medio de sus erusiones un tempano de reserva que no llega a fundirse. El poeta se siente entonces solo entre la muchedumbre de sus amigos cristianos; tiembla como si el agua del bautismo inútil se le congelase sobre su coquilla diezmada ya de rizos, y para poblar su soledad evoca sus recuerdos antiguos, los suyos y los de su raza y, como el símbolo de un culto, arrinconado, pero no destruido, como un candelabro de siete brazos, apagado temporalmente pero susceptible de inflamarse otra vez, siempre exhuma ciertos ritornelos hebraicos, gratos a su memoria. Entonces, el cantor de los *lieder* germánicos y de los epigra-

mas parisienses, invoca otros temas más suyos y familiares, evoca episodios de la vida de su raza; exhuma, con manos temblorosas de fervor y de orgullo, trofeos de la grandeza israelita, y conjura, para dialogar con ella como con el único interlocutor capaz de comprenderle, la sombra de un poeta consanguíneo, de un poeta hebraico: del ruisenior de Toledo, Jehuda-ha-Levi. Estos instantes de nostalgia hebraica, que reintegran al poeta volteriano en la identidad de su linaje y hasta de su fe, constelan de luces místicas como las encendidas en los tabernáculos de las sinagogas, las páginas de su *Romancero*, llenan por completo el ciclo antiguo de sus *Melodías hebraicas* y prestan un tono de salterio sacro a muchas de sus postreras canciones. En los últimos años de su vida, cuando la enfermedad le tenía ya postrado en aquel sillón donde agonizaba, superviviente a toda alegría y a toda esperanza, Enrique Heine sintió toda la amargura de su conversión que, ineficaz para franquearle el asilo de la dura entraña católica, le aislaba de sus naturales hermanos, vedándole hasta los tenebrosos carismas de la religión maternal. Sobre mi tumba — suspiraba melancólicamente — no se cantara ningún responso ni se diga ningún *causón*. Estaba solo, porque era el converso, el espurio, el renegado, el intruso en toda comunión ritual! Sobre su sepulcro no cantarían resposos los sacerdotes católicos, ni los *conenes* hebraicos recitarían esas preces conmovedoras *isgavot veis causen* — sea engrandecido y santificado — que se graban sobre los túmulos de las tumbas hebraicas, para que sean como un voto eternamente formulado por la perduración de la piedra. En esos terribles años últimos en que su vida, privada ya de interlocutores, era un continuo soliloquio, creine nuevo de comprender en toda su latencia, el misterio que dirige la vida del pueblo israelita, renunciando de todos los temas aun a pesar suyo, cuando, como en las conversiones individuales, se resigna a renunciar a lo más querido, al precio tuturo de sus secueles sufrimientos; nudo de comprender, pues, la inutilidad de las conversiones y, pesados de su apostasia, en la soledad de su estancia, como mortuoria, entonces cantos graves y religiosos ajustados al salterio de las sinagogas. Pero ya en un arrebatado juvenil de amor a su raza y de indignación contra el fanatismo católico, cruel y absurdo que, adorando a un dios judío, perseguía y diezmaba a la estirpe de los patriarcas, requirió la pluma para trazar esa novela: *El rabino de Bacharach*, inspirada en anhelos de reivindicación y que, incompleta como esa Venus de Milo, ídolo de sus adoraciones estéticas, tiene no obstante un valor pleno como precursora.

TANTO me había emocionado mi primera visita a Heine, que dejé pasar varios meses sin volver a verle. Pero un día — fué el 20 de enero de 1850 — él me hizo llamar a su casa.

—¿Por qué se hace usted ver por aquí tan rara vez — exclamó cuando apenas me hubo oído anunciarme, ya que vive usted de aquí a dos pasos.—Debía usted venir más a menudo.

Le expresé mi temor de que su estado no sufriese visitas.

—Es verdad — dijo, — me frecuentan los más horribles dolores; de manera que soy una carga para mí mismo. Pero le ruego que por esto no se deje usted arredrar, sino venga a verme.

Le hallé muy atacado de dolores, muy serio y abatido.

—Aquí yazgo tan solitario y tan aislado — suspiró. — Me hubiese gustado morir en Alemania, y tal vez me hubiese hecho llevar allá. Pero ¿qué haría mi pobre mujer en Alemania? Es cosa muy triste. Aquí estoy yo, en Alemania estaría ella sin patria. Ya sé que no me levantaré de este lecho. Se acabó la canción. Precisamente estoy en la edad en que un escritor alemán debe morir. Cómo me van a alabar, una vez que esté muerto! En lugar de las manzanas podridas con que antes me tiraban y con que todavía me tiran, me tirarán sólo con guirnaldas de flores y coronas de laureles. Ese Campe también va a alegrarse cuando oiga que me han llevado, y que he trocado la tumba dolorosa de la Rue d'Amsterdam por la indolora del cementerio de Montmartre. Sí, ese Campe va a alegrarse, porque mi muerte habrá de ser su mejor negocio de librería.

Después de haber hablado un rato de sus cosas domésticas, y repetido con evidente satisfacción que dejaba asegurado el futuro de su mujer, vino a hablar de su fe. Le dije que en las gacetas se comentaba mucho su conversión, y eran muchos a afirmar que había retornado al judaísmo.

—Sí, dije, a diario se habla de su vuelta a Jehovah Zebaoth. Cuando mi primera visita, eludí deliberadamente el hablar con usted de este punto.

—¿Por qué? — exclamó. — Yo jamás niego mi judaísmo, al cual no he tenido que volver, porque nunca lo he abandonado. Yo no me hice bautizar por odio al judaísmo. Cuanto a mi ateísmo, jamás lo he tomado en serio. Mis amigos de antes, los hegelianos, han demostrado ser unos bribones. La miseria de los hombres es demasiado grande. Hay que creer.

Le pregunté si no hallaba apaciguamiento en los antiguos, de quienes hablaba con tanto entusiasmo en sus escritos, por contraposición con el ideal nazareno.

—Yo no me he vuelto nazareno, — respondió —; pero el helenisimo, tan hermoso y alegre como es, ya no me basta, desde que he dejado yo de

Una conversación con Heine

por

Ludwig Kalisch

(Del libro "Conversaciones con Heine" publicado por el profesor H. H. Houben)

ser hermoso y alegre. Yacía yo en Passy cuando empezó esta mi mala enfermedad. Mientras que entre convulsiones me revolví en mi lecho, afuera se combatía espantosamente: era en Junio de 1848. El tronido del cañón, desgarraba mis oídos. Lle-



gaba a mi el clamor de los moribundos; vi a la muerte con su inexorable hoz segar a la juventud de París. En tan horrosos momentos, el panteísmo no es suficiente: entonces hay que creer en un Dios personal, en una perduración allende la tumba. No me he vuelto ningún beato hipócrita. No he emprendido mi camino al buen Dios por vía de la Iglesia ni de la sinagoga. Ningún sacerdote, ningún rabino me ha presentado a él. Yo mismo me he introducido, y él me ha recibido bien. El me ha curado mi alma; ojalá consiga curarme también mi cuerpo! La verdad, que le quedaria por ello muy agradecido.

Le comuniqué cómo en las gacetas se hablaba de sus memorias, que él se proponía dar al público.

—Cierto es que me propongo darlas al público — respondió; — sino que ignoro si podré hacerlo. Dicto casi todos los días; y eso es para mí un esfuerzo espantoso. Me agota terriblemente. Si se quedase usted por acá todavía algún tiempo, conocería usted al Schlemihl a quien le dicto, sobre sus plumas. (Karl Hildebrand). Pero: ¡qué digo! — exclamó rectificando. — El no es el Schlemihl; yo lo soy.

Dimos en hablar de su libro sobre Börne. Le dije que era un libro de mucho ingenio, pero que los odiosos ataques contra un hombre a quien ni sus más acerbos enemigos podían negar nobleza de ánimo y honesto em-

peño, no se justificaban de ningún modo.

—Dios mío — exclamó Heine, — quien escribe libros, está siempre en gran peligro de cometer grandes tonterías. A pesar de lo cual — añadió al punto — ese libro está muy lejos de ser tan malo como afirman que lo es en mi querida patria.

En seguida se puso a hacer befa de los escritores sin talento, que hacen ostentación de su firmeza de carácter. La antitesis entre talento y carácter le ofreció materia para las más burlescas observaciones.

—Tiene usted toda razón — le dije — en mofarse de los que sin tener talento lanzan frases soberbias a diestro y siniestro; pero aún así, con su sátira de Atta Troll ha hecho usted gran daño. Porque antes los escritores sin talento creían que el carácter compensa al talento; pero ahora, los escritores sin carácter creen ser grandes escritores sólo porque no tienen carácter. Por lo demás, me concederá usted que todos los grandes creadores fueron de notable carácter. El público tiene especial derecho a pedir firmeza de carácter a aquellos escritores que conquistaron sus primeras espuelas en la batalla por las ideas. El pueblo le trae su corazón, alegre, al escritor en quien halla la expresión de sus ideas y de sus esperanzas; pero le retira su amor, tan pronto como ve que quiere obtener la corona de laurel a cualquier precio.

—El pueblo mismo no tiene carácter — dijo Heine, — y corona a la tontería con tanta facilidad como al genio, y aún con más facilidad. Yo sé algo de eso. Bueno; pero, por ahora yazgo aquí, medio cadáver, y riño singular pelea con el negro caballero Thanatos, el cual, con la conciencia de su pronta victoria, me sonríe irónicamente, mostrándome sus dientes.

Con aquella su viva manera de ser, saltó luego a otros motivos, y así tuvo ocasión de poder admirar la elasticidad de aquel rico ingenio, y cómo veía él caérsele a pedazos el cuerpo, sin perder por eso lo más mínimo de su fresca espiritual.

Heine se tornaba más y más vehementemente. Pasó revista a muchos de nuestros escritos contemporáneos, y se sobrentiende que no dejó de fustigarlos reciamente. Gutzkow, particularmente, recibió mucho aquella vez.

—Vuelva usted pronto — me dijo, cuando me despedía de él, — vuelva usted muy pronto. Ahora no tiene usted sino que hacer algunos pasos, y está en mi casa; pero si vacila, habrá usted de hacer más tarde el largo y sucio camino del cementerio de Montmartre, donde ya me he hecho aparejar una casa con vistas a la eternidad. Será un alojamiento mal amueblado; pero la vecindad es allí tranquila y nadie estorbará mi sueño.

Algunos meses después dejé París y nunca más volví a ver a Heine; pero me hallé presente, con varios paisanos míos, cuando le sacaron para llevarle a su reposo eterno.

(Traducción de Julio Fingerit.)

El año 1926 fué el año de los novelistas. Enrique Larreta, Hugo Wast, Manuel Gálvez, Carlos Alberto Leumann, Sofia Espindola, Juan José de Soiza Reilly, Enrique Richard Lavalle, Bernardo González Arrilli, etc., publicaron sendas novelas de largo tiraje para distraer desinteresadamente la atención del público. No es el caso de señalar ahora hasta dónde lo consiguieron. Lo cierto es que a un año de distancia las cosas cambiaron totalmente. En 1927 los cuentistas primaron sobre sus fatigados hermanos. Pero en lugar de gruesos volúmenes destinados al pueblo ávido de folletines, organizaron varios almuerzos para entretenerse ellos mismos y señalar de paso, la importancia del cuento en las literaturas más avanzadas. Con este objeto llevaron a cabo una primera comida en honor de don Roberto J. Payró, el primero que en nuestro país publicó allá por 1887 un libro de cuentos: SCRIPTA. La comida en honor de Payró congregó en torno del maestro a los mejores cuentistas nacionales y a los escritores jóvenes de todas las tendencias, cosa que hasta la fecha no ha sido posible repetir entre nosotros. Sólo pudimos hacerlo meses después los mismos cuentistas en honor del Patito Ivo de Andersen. Este segundo almuerzo tuvo la doble virtud de señalar con un solo ejemplo indiscutible: cómo bastan unas cuantas páginas bien contadas para alcanzar la inmortalidad de un siglo y como entre los gansos de la novelesca nacional, los cuentistas son también unos patitos feos.

En el centenario del Libro de los Cantares

De todos fué este el almuerzo más concurrido y el menos ríspido. Como que no hubo discursos ni recitaciones. Don Alberto Gerchunoff ensayó a pedido de los comensales decir dos palabras sobre el asunto en la poesía de Heine. Pero no hubo caso... Arturo Canela le impuso como condición el no

hamacarse hacia oriente y occidente como un rabino y don Alberto no pudo hablar... Sólo al doctor Arce le permitió al principio contar el caso clínico de Heine; pero a condición de que su colega y discípulo Fernández Moreno, lo pusiera en verso...

En resumen fué un banquete inolvidable, lleno de esprit y buen humor porteño. Canela se portó lo menos platónicamente que le fué posible; habló sólo a tres columnas. Alfonso Storni, dijo unos cuantos sarcasmos heineanos que, como sus versos últimos, mataron de risa a más de uno. Pero mejor que todos estuvo Alejandro Sirio que a pedido de Horacio Quiroga le preguntó a Glusberg quién era el gordito que estaba a su lado. El gordito era D. Alfonso Reyes a quien Sirio había dibujado para "La Nación"...

El sábado 26 de noviembre se realizó la cuarta comida de los cuentistas. Esta vez para recordar El Gato negro de Poe.

Los cuentistas abajo firmados, en nombre propio y en representación de los demás comensales, por conveniencia de la casa, comendamos a la imprenta "El patito feo" de la calle Lavalle, un número a tal el almuerzo con que el 22. del corriente más festegaron el centenario del Libro de los cantares de Heine, por conveniencia de la casa de dichos propietarios que se celebró con esa comendación, el

Guillermo de los Ríos, Roberto J. Payró, // Luján, // Manuel Gálvez, // Alberto Gerchunoff, // Enrique Espinoza.

... No es, justamente un cuento de menos de cien páginas. El Casamiento de Luchita, la mejor novela nacional? A este propósito conviene recordar una comparación de Jorge Brändes. Dice el célebre crítico danés en su estudio del Libro de los Cantares: "En la historia de toda técnica puede seguirse el curso de una creciente densificación. En otros tiempos no había sino relojes de iglesia; ahora se llevan relojes de bolsillo. Quiere esto decir que en otros tiempos la mecánica había menester el recipiente cúbico para contener las ruedas y resortes, que hoy se pueden contener en un reloj de bolsillo. De igual modo en más de una tragedia antigua no hay más pensamientos ni más sentimientos que en una composición de algunas estrofas de Enrique Heine."

Claro que esta comparación de Brändes no está contra la existencia de los relojes de iglesia. Tampoco nosotros estamos contra las novelas extensas. Pero justamente por haber descubierto un día que un cuento logrado repite el caso del poema heineano que dice en tres o cuatro páginas lo mismo que una novela, los cuentistas nacionales fueron los primeros en celebrar el centenario del Libro de los Cantares.

ENRIQUE HEINE. EL POETA DE NUESTRA INTIMIDAD

A fines de octubre cumpliéndose el primer centenario de Buch der Lieder de Enrique Heine. Para celebrar tal acontecimiento la dirección de BABEL promovió toda una serie de homenajes al gran lírico alemán. La Sociedad Hebrea Argentina, haciendo suya la iniciativa de nuestro director, encargó al escultor Israel Hoffmann un busto en bronce del poeta y organizó una velada literaria con el concurso de D. Alberto Gerchunoff y las señoras Berta Singerman y Paula Weber.

También "La Nación", "El Hogar", "Caras y Caretas", "Síntesis" y otros diarios y revistas, asociáronse al centenario heineano, publicando estudios y traducciones de Leopoldo Lugones, Mauricio Nirenstein, Enrique Méndez Calzada, Fernández Moreno, Jorge Luis Borges, etcétera. Falta, pues, tan sólo un libro y BABEL se ha esforzado en conseguirlo de don Alberto Gerchunoff, el más heineano de nuestros escritores. El libro de D. Alberto Gerchunoff se titula "Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad."

CUADERNOS LITERARIOS DE ORIENTE Y OCCIDENTE

BAJO la dirección de nuestro amigo Enrique Espinoza y patrocinado por el Instituto de la Universidad de Jerusalem en Buenos Aires que preside el maestro Lugones, acaba de aparecer el primero de los "Cuadernos literarios de Oriente y Occidente" con el propósito de evidenciar la influencia del espíritu hebraico en nuestra civilización.

El sumario del primer número de los "Cuadernos literarios de Oriente y Occidente" lo componen las siguientes colaboraciones: Waldo Frank, "El milagro del Greco"; Joseph Kessel, "Tierra de amor"; José Carlos Mariátegui, "El semitismo y el antisemitismo"; Julio Fingerit, "De la dialéctica y de la imaginación"; Samuel Glusberg, "En la muerte de Israel Zangwill"; Enrique Espinoza, "La fe del bachiller Rojas".

Dentro de pocos días aparecerá el cuaderno número 2, que será extraordinario e integramente dedicado a estudiar la vida y la obra de Enrique Heine. Entre otras, contendrá páginas originales y traducidas de: Jorge Bran'es, Enrique Diez-Canedo, Ernst Elster, Alfred Kerr, Martínez Estrada, Israel Zangwill, Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Enrique Méndez Calzada, Julio Fingerit, Carlos M. Grünberg y Enrique Espinoza.

Como una concesión especial del Director de los "Cuadernos literarios de Oriente y Occidente", adelantamos en BABEL algunas de sus páginas, lamentando no haber conseguido también autorización para transcribir un fragmento del canto de Heine a Jehuda ben Halevy que aparece por primera vez traducido en verso castellano por el poeta argentino Carlos M. Grünberg. Pero BABEL adquirió ya los derechos para editarlo en libro con las dos restantes Melodías Hebraicas, igualmente traducidas por Grünberg.

EL REGRESO DE LUIS L. FRANCO

TRAS de una ausencia de varios años, ha vuelto a Buenos Aires nuestro amigo y compañero el poeta Luis L. Franco. Ya del todo sano, Franco piensa quedarse una temporada entre nosotros y emprender una excursión a Europa. Como que para eso acaba de liquidar sus poemas de "Nuevo Mundo" y se preparó a publicar Piroteña (ensayos) y Los trabajos y los días (versos).

Autores y Libros por La Redacción

DIEZ CANEDO EN BUENOS AIRES

HA estado algunos días en Buenos Aires, de paso para Chile D. Enrique Diez-Canedo. Pocos hombres de España, por no decir ninguno, han comprometido tanto como Diez-Canedo la gratitud de los escritores argentinos. Desde hace muchísimos años la pluma del señor Diez-Canedo viene reflejando su honda preocupación por los hombres y los libros de América.

Las obras poéticas de Lugones, de Arrieta, de Fernández Moreno han sido oportunamente comentadas por Diez-Canedo y su crítica de autores y libros argentinos, sigue dando nuevas pruebas de comprensión, hasta en la gótica Revista de Occidente, tan ajena a nuestras actividades.

A su llegada a Buenos Aires, don Enrique Diez-Canedo habló con toda franqueza de nuestro problema editorial. Así declaró en "La Nación" del primer domingo de noviembre: "Es preciso decir que la mayor o menor difusión de los escritores en la Península depende, ante todo, del interés que pongan en ello los editores de aquí. Algunas casas editoras como BABEL, por intermedio de "Calpe", se han preocupado de hacer llegar hasta el gran público lector sus libros, y, como resultado de este esfuerzo, son varios los nombres hasta ayer desconocidos en España que ya tienen allí un prestigio."

Agradecemos al señor Diez-Canedo sus justicieras palabras y le hacemos llegar con nuestro reconocimiento, el cordial saludo de nuestro director. Hacen falta, según él, muchos hombres como don Enrique Diez-Canedo, en España y en América.

UNA NUEVA OBRA DE MARTINEZ ESTRADA

EL poeta de "Oro y Piedra", "Nefelibata" y "Motivos del cielo", tan ligado a las páginas de esta revista, acaba de incorporarse definitivamente a BABEL con su libro ARGENTINA. La nueva obra de Martínez Estrada confirma en todas sus páginas el talento que ha destacado a Martínez Estrada como poeta claro y distinto en nuestras letras. En verdad, con tocar el mismo tema patriótico y agotado por Darío, Lugones y Banchs, Martínez Estrada no los repite. Antes bien los continúa, dando su nota personal y única. Lamentamos de veras no transcribir su poema a "Buenos Aires" para confirmar nuestra asersión. Pero en nuestro próximo número nos ocuparemos detenidamente de todos los poemas de "Argentina".

ROBERTO GACHE. JURADO MUNICIPAL

EN buena hora muchos poetas y escritores que se presentaron este año al Concurso Municipal eligieron como su representante a Roberto Gache. Es un acierto y una expresión de simpatía poco frecuente en nuestro mundo literario. Por ellos entra a formar parte del jurado — constituido por críticos y concejales — el único creador. Y eso es una seguridad para todos. Lástima que no figure también un poeta.

LIBROS RECIBIDOS

- Retorno. Poesías líricas por Arturo Marrasso, Sosin y Toia, editores, Bs. As. 1927.
- Contes de la Forêt Vierge, por Horacio Quiroga. (Traducción Francis de Miomandre). Illustrations de Roger Reboussin. Collection "La Joie de nos enfants". Paris, 1927.
- La enseñanza de las ciencias naturales, por Angel Cabrera. Universidad Nacional de La Plata 1927.
- Pestalozzi y su doctrina pedagógica, por Enrique Mouchet. Universidad Nacional de La Plata 1927.
- Voces, versos por Félix M. Pelayo. Buenos Aires. 1927.
- Sonatinas (versos) por José Oller. Tip. "La Moderna", Panamá.
- Royal Circus, novela por Leonidas Barletta. Buenos Aires 1927.
- Esquemas en el silencio, por Osvaldo Horacio Dondo. Edición Samet. Buenos Aires 1927.
- La tierra de los papagayos, por Armando Casella. M. Gleizer, editor. Buenos Aires 1927.
- Chispas y Caprichos, por J. Petit Senn. Traducción del Dr. Viriato Figueredo Lora. San José, Costa Rica 1927.
- Nuevo Mundo, versos por Luis L. Franco. Ediciones Gleizer. Buenos Aires 1927.

REVISTAS Y PERIODICOS

- La Reforma Social, Nueva York. Agosto y Septiembre de 1927. Director Jacinto López.
- Ariel. Organó oficial de la Biblioteca Popular. Cosquin Agosto de 1927.
- Repertorio Americano. San José de Costa Rica. Nos. de Agosto y Septiembre. Director J. García Monge.
- Universidad, Bogotá, Colombia. Director Germán Arciniegas.
- Boletín de la Secretaría de Educación Pública. México. Abril y Junio de 1927.
- Cultura Venezolana. Caracas. Abril a Junio de 1927. Director José A. Tagliaferro.
- Revista Ariel. Tegucigalpa. 1º y 15 de Julio. Director Froylán Turcios.
- Boletín de la Editorial Titikaka. Puno, Perú.
- El Ateneo. Año I. Nº 1. Buenos Aires.
- Mercurio Peruano. Lima. Julio - Agosto de 1927. Director Alberto Ureta.
- Orto. Manzanillo. Julio de 1927. Cuba.
- Sturm. Berlin. Julio y Agosto. Director Herwarth Walden.
- El Centauro. Buenos Aires. Septiembre de 1927. Director: Julio César Ford.
- Magisterio. Buenos Aires. Agosto de 1927. Director: Francisco Sánchez Moar.
- Revista de Industrias. Bogotá, Julio a Septiembre de 1927.
- Horizonte. Veracruz. Abril y Mayo de 1927. Director: Germán List Arzubide.
- América. Quito, Ecuador. Julio y Agosto de 1927. Directores: Alfredo Martínez, Guillermo Bustamante, Hernán Pallarés y Augusto Arias.
- Revista de la Escuela Normal de Profesoras Dr. Nicolás Avellaneda. Rosario. Octubre de 1927.
- América Ilustrada. Nueva York. Octubre de 1927. Director: Vicente Sáenz.
- Indice, revista quincenal de cultura artística y literaria. Director: Tobias Bonessatti. Bahía Blanca.
- Nosotros. Nº 221, Octubre de 1927. Buenos Aires.

GUIA DE LIBREROS Y EDITORES

JUAN ROLDAN Y Cía. Librería y Editorial "LA FACULTAD" Florida 359 Buenos Aires U. T. 31 Retiro 2882	SOSIN Y TOIA Sucesores de Ignacio Morelli Libros. Novedades. Surtido completo en libros americanos, españoles y franceses. Revistas y periódicos extranjeros Rivadavia 1589 Buenos Aires U. T. 38, Mayo 1852	Librería de Derecho y Jurisprudencia- RESTOY Y DOESTE LIBREROS - EDITORES 556 Corrientes 556 Buenos Aires U. T. Retiro 2870 Soliciten catálogos
Librería Italiana "LEONARDO DA VINCI" Maipú 433 Buenos Aires U. T. 31 Retiro 3689 ENRIQUE J. SCHIATTI Y Cía. CIENCIAS - ARTES - LETRAS INDUSTRIAS Suscripciones a diarios y revistas	PAPELERIA - LIBRERIA - IMPRENTA Artículos de Escritorio en General A. CONTRERAS EDITORIAL "ARTES Y LETRAS" Av. de Mayo 1357 U. T. 1094 Riv.	Editorial "SATURNINO CALLEJA", S. A. Representante en Buenos Aires: EDITORIAL SUD AMERICANA T. Miguel y Cía. S. en C. Medrano 889 U. T. 2007 Almagro
LIBRERIA ACADEMICA POBLET Hnos. y Cía. Callao 675 U. T. 7411 (Juncal) Sucursal: Lavalle 558 U. T. 4509 Retiro Completo y selecto surtido en: Libros científicos, literarios e industriales Servicio especial de suscripciones a periódicos	Editorial "MINERVA" Ediciones de clásicos Argentinos Esmeralda 247. U. T. 6004 Mayo	"LIBRERIA NACIONAL" J. Lajouane y Cía. IMPRENTA Y ENCUADERNACION Libros Argentinos y Americanos Editores de los "Códigos y Leyes de la Rep. Argentina" Bolívar 270 U. T. 33 Avenida 3817
LIBRERIA HISPANO - AMERICANA DE MANUEL GARCIA Libros Científicos y Literarios Novidades por todos los Correos RIVADAVIA 581 - U. TELÉF. 0069, AVENIDA	"LIBRERIA DEL COLEGIO" (ESTABLECIDA EN 1830) CABAUT y Cía., Editores CASA PRINCIPAL: SUCURSAL: ALSINA Y BOLIVAR CALLAO Y CORDOBA BUENOS AIRES	EDITORA INTERNACIONAL Representante en Buenos Aires: Soc. Anón. ULTRAMAR Sarmiento 327 U.T. 31-2239 y 2271 Soliciten catálogos de las últimas novedades literarias y científicas publicadas
LIBRERIA HISPANO ARGENTINA de CALIXTO P. PERLADO Novedades de España por todos los correos Catálogo Gratis 1729 - Rivadavia - 1731 CASA DE COMPRAS EN MADRID	"EL BIBLIOFILO" Librería Antigua y Moderna VIAU Y ZONA Florida 637 - 641 U. T. 31 Retiro 3354 Buenos Aires	"LIBRERIA PORTEÑA" F. Crespillo EDITOR E IMPORTADOR Bolívar 369 U. T. 33 Avenida 3038

BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

25 DE MAYO 245/63 - PASEO L. ALEM 232/46/\$0
 BUENOS AIRES

Sucursales en toda la República

¡AHORRE USTED!

El ahorro contribuye al bienestar de la familia, moderando los excesos del lujo y del placer

El ahorro no solamente conduce a la independencia económica de quien lo practica, sino que además contribuye al engrandecimiento de la Nación

Aseguran un interés mínimo del 6 o/o anual

El Banco se encarga de la compra-venta de las cédulas y las recibe en depósito gratuito responsabilizándose de todo riesgo.

En cualquier momento puede hacerse efectivo el valor de las cédulas.

Solicite mayores datos en la Oficina de informes del Banco

COLECCION UNIVERSAL

N.º 214

ENRIQUE HEINE

Memorias



Tyacto: 10 céntimos.

MADRID, 1929

Adhierase usted a la
 celebración del centenario

HEINEANO

Leyendo las inmortales obras de

ENRIQUE HEINE

En las mejores traducciones españolas.

1

MEMORIAS

un volumen traducido del alemán por MANUEL PEDROSO \$ 0.25

CUADROS DE VIAJE

"El viaje al Harz", "Nordeney. Ideas o el libro de Le Grand".
 "Cartas de Berlin, sobre Polonia". Italia, N.º 1, Viaje de Munich a
 Génova". N.º 2 "Los baños de Lucca". N.º 3 "La ciudad de Lucca".
 "Fragmentos ingleses".

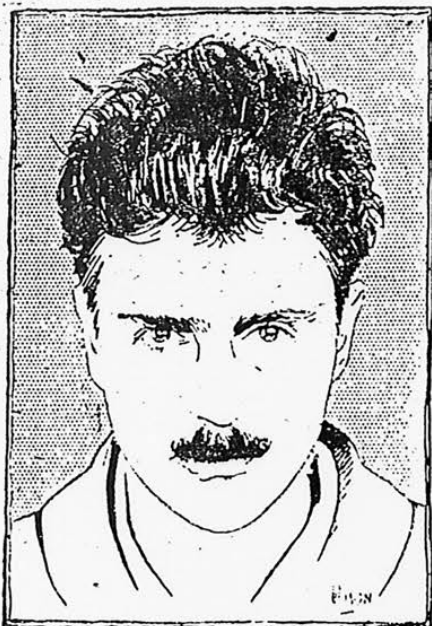
Siete volúmenes traducidos del alemán por MANUEL G. MORENTE
 MANUEL PEDROSO y G. PEREZ BANCES

\$ 2.50

CALPE COLECCION
 UNIVERSAL

\$ 0.25 cada volumen

Suipacha 585 - JULIAN URGOITI - Buenos Aires



WALDO FRANK

cuadernos literarios de Oriente y Occidente

Director: ENRIQUE ESPINOZA

1

WALDO FRANK: El milagro del Greco. (Tradujo Rubin)
JOSEPH KESSEL: Tierra de amor. (Tradujo Levy)
JOSE CARLOS MARIATEGUI: Semitismo y antisemitismo.
JULIO FINGERIT: De La dialéctica y de la imaginación.

NOTAS

SAMUEL GLUSBERG: En la muerte de Israel Zangwill.
ENRIQUE ESPINOZA: La fé del bachiller Rojas.

Precio \$ 1 m/n.

En los primeros días de diciembre aparecerá el número dedicado a Enrique Heine

ENRIQUE HEINE

Páginas escogidas

VERSOS, PROSA, CORRESPONDENCIA, AUTOBIOGRAFIA
SELECCIÓN ESPAÑOLA, PROLOGO Y NOTAS, DE
ENRIQUE DIEZ - CANEDO

La fina sensibilidad y el delicado gusto de Diez-Canedo se revelan una vez más en esta acertada traducción de la admirable obra del gran poeta alemán.

Forma un elegante volumen de 500 pág. en tela y su precio es:

\$ 1.50 m/n.
libre de porte

Se venta en las buenas librerías y en la
Editorial SUD-AMERICANA T. MIGUEL & Cia. s. en c.
CANGALLO 828 Y MEDRANO 889
U. TELEF. MAYO 4635 U. TELEF. ALMAGRO 2007
BUENOS AIRES



E. DIEZ-CANEDO



ALBERTO GERCHUNOFF

ALBERTO GERCHUNOFF ENRIQUE HEINE

EL POETA DE NUESTRA INTIMIDAD

Un pequeño devocionario heineano de más de cien páginas, lujosamente impreso para la Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias

Precio \$ 2 m/n.

PIDALO EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS
Y EN LA EDITORIAL BABEL: ENTRE RIOS 1583-85
BUENOS AIRES